

## Una semblanza menguada

Rafael Benlliure

1. El guiño al texto de Adorno sobre Hegel «Skoteinos. O cómo habría de leerse» lo encontramos en la página 13 de la biografía de Claussen, que a partir de aquí citaremos como UG.

2. Como ejemplo de esta mezcla de dependencia y repetición, la disposición estructural del capítulo «El idéntico» (UG págs. 245-285), el cual comienza, dando continuidad cronológica al anterior, con el retorno de Adorno a Alemania tras el exilio norteamericano, para volver sobre el (obviamente) ya referido origen de su relación con Max Horkheimer; el otro gran intelectual ligado al título «Teoría crítica», con un tono de próxima llaneza no del todo justificable («Cuando Adorno conoció a Horkheimer en 1921, vio en él a una persona que le infundía un profundo respeto, como si de un hermano mayor se tratase», pág. 246). Tras la noticia del protocolo grabado en 1956 por los coautores de *Dialéctica de la Ilustración*, Claussen pasa a ocuparse (pág. 253), por primera vez en el libro, de «La actualidad de la filosofía», el programático texto escrito por Adorno en 1931, que puntualmente acometido (de la desatención de Claussen a las dimensiones filosóficas de su biografiado hablaremos enseguida) como simple ligamento hacia Heine y el antisemitismo en Alemania, primero, y Lukács y las relaciones de los frankfurtianos con el *Diamat*, después, para mejor continuar por las «enfermedades de infancia» de Adorno (sus lecturas de Lenin), y retornar al periodo de exilio recién abandonado y al de la formación musical en Viena de la mano de Alban Berg en los años veinte, por ese orden. Quien acuda a UG con algún conocimiento de la secuencia, y el sentido que ésta tiene para trazar la trayectoria de un pensamiento coherente, no podrá por menos que sentir cierto vértigo, y se preguntará, tal vez, por las ventajas reales de este modo de plasmar una metáfora tan autopersuasiva como es la de «intersección». Es de suponer que quien carezca de este conocimiento previo se exponga con UG a volver, en este sentido, tal como vino.

3. Th. W. Adorno *Dialéctica negativa* (trad. de José María Ripalda, Taurus, Madrid, 1992, pág. 40). La fundamental obra del Adorno de madurez es mencionada en un par de ocasiones en todo UG, y en ningún caso genera cita o tematización concreta.

Comienza *Theodor W. Adorno. Uno de los últimos genios* (PUV, 2006, con traducción del gran conocedor de la obra del frankfurtiano Vicente Gómez Ibáñez) con su autor, Detlev Claussen (Hamburgo, 1948), instando al lector a un determinado abordaje del texto, y brindando a esta reseña su núcleo judicativo, el punto exacto sobre el que ejercer sus demandas: «El objetivo de este libro es dar la palabra a los textos de Adorno y volver a mostrar el original, oculto tras el inmenso caudal de literatura secundaria que su obra ha provocado. Cada uno de los capítulos también ha de poder leerse por separado. El libro interpreta la obra de Adorno como un palimpsesto, como una obra llena de intersecciones».<sup>1</sup>

Nuestra lectura de los modos empleados en UG para dar cumplimiento a tales pretensiones nos induce a plantear dos tipos fundamentales de objeción que dirigir a la propuesta reconstructiva de Claussen. En primer lugar, mencionemos lo que con cierta laxitud llamaríamos problemas de estructura, de organización temática o sentido compositivo. Tal laxitud, añadámoslo de inmediato, expresa lo que no es sino el aspecto a su vez doble de esta primera serie de dificultades. Por un lado, y parte aparentemente menos grave (aunque de por sí tremendamente comprometedor para la función que el texto asume como introductor al pensamiento de Adorno) de las dos, tenemos el carácter en ocasiones errático de la lógica expositiva instituida por el autor para secuenciar pensamiento y vida del biografiado, carácter que tiene por efecto un libro reiterativo en lo temá-

tico, que tampoco –mentís a la intención expresada arriba– se deja separar en textos autónomos.<sup>2</sup> Por el otro, todavía en referencia a problemas de articulación, y como expresión más aguda de estos, llama grandemente la atención del libro de Claussen el modo que éste tiene de inesencializar el sentido de cada una de las grandes obras de Adorno cuyo comentario emprende, por el simple motivo de abstenerse, sistemáticamente,

de interpretar las intenciones filosóficas que textos como la ya mencionada *Dialéctica de la Ilustración* o *Dialéctica negativa* expresan en su misma organización formal, que en su autor significa lógica. No se está apelando aquí, como criterio para sostener tal tipo de opiniones, a las dimensiones filosóficamente enfáticas de sentencias como la adorniana «Resumir lo esencial es falsear la esencia», perteneciente a la segunda obra aludida.<sup>3</sup> Casos como la, en este y

en más sentidos particulares, ejemplar *En tierra de nadie. Theodor W. Adorno, una biografía intelectual*, de Stefan Müller-Doohm (Herder, 2003), certifican lo hacedero de textos que realmente muestren capacidad de aunar accesibilidad de lectura para el público no especialista y propuesta interpretativa, que obtendrá su particular crédito del modo de resolver el expediente, en absoluto facultativo, de orbitar alrededor de una reconstrucción de las grandes obras, y no de desmembrarlas a placer –sin más aval teórico, que reflexione la opción tomada, que las ventajas presupuestas de estar allí donde «la complejidad» intersecta. A diferencia de Claussen, Müller-Doohm entiende este punto capital, y de ello se beneficia, más allá de los aciertos y defectos particulares de aquella otra propuesta, tanto el conocedor de Adorno como quien a través de ésta pretende llegar serlo: que el ejercicio de «devolver la voz» al verdadero bio-



Detlev Claussen  
*Theodor W. Adorno.*  
*Uno de los últimos genios,*  
Valencia, PUV, 2006, 450 págs.

grafiado, negándose a al tedioso y tentacular doble creado por la exégesis profesional precedente –esto es, el propósito tácito de cualquier biógrafo, que de explicitarse exhibe simple autoconvencimiento y *marketing*– tiene sentido más allá de la fórmula en la medida que pase por una lectura que haga manifiesta, y con ello interprete, el aspecto lógico de la obra filosófica en cuanto organización racional de contenidos. Tal hermenéutica es la que queda imposibilitada por el carácter marcadamente instrumental del trato que *UG* invariablemente dispensa al texto adorniano.<sup>4</sup>

El segundo tipo de dificultades tiene que ver con los propios resultados de la interpretación de Claussen. Vuelve a presentarse una posible diferenciación a este respecto, relativa a casos en los que *UG* expresa opiniones problemáticas, por un lado, y casos en que Claussen, por la superficialidad de su tratamiento de un periodo biográfico, una relación intelectual, o un complejo de conceptos, incurre en omisión de la debida –seguimos pensando en términos propios de una obra dirigida al público general– interpretación, por el otro. En lo que respecta a los primeros, y eligiendo, sin ninguna intención de exhaustividad, un único ejemplo a nuestro entender característico, nos parece muy problemática la tesis que afirma (pág. 27): «La idea de la transformación del pasado a través del presente forma parte del legado de las *Tesis de filosofía de la historia* de Benjamin, sin las que es imposible entender la autoconciencia del grupo encabezado por Horkheimer a partir de 1941». La sentencia otorga tono dominante al modo que Claussen tiene de comprender, a lo largo de *UG*, la relación entre estos dos pensadores: como reivindicación del nombre de Adorno al través del de Benjamin, ejercicio usual desde la década de los 90 del pasado siglo, y que alcanza en este caso formas de sustancialización como comparativo tan crudas –y, a la vez,

tan poco informativas– como la de que, con el texto en que rememora su infancia, Adorno escribe «páginas con una intensidad y melancolía que no tienen nada que envidiar a las mejores de la *Infancia en Berlín*, de Benjamin» (pág. 63). Tema anecdótico, sin duda, si se compara con la pregunta que a este respecto nos sigue pareciendo la pertinente, y que Claussen no aborda en modo alguno –esto es: hasta qué punto cabe pensar realmente confluentes las críticas al idealismo de uno y otro filósofo si se asume la final invalidación, de Adorno a Benjamin, como teórico,<sup>5</sup> pero que, de cualquier manera, introduce un sesgo no justificado en el material del que la lectura primeriza puede llegar a resentirse.

A este caso puede sumarse una lista, larga de por sí y que aquí abreviamos, de motivos acerca de los que *UG* hace apreciaciones cuestionables a través de reconstrucciones notablemente parciales. Refiramos la falta de tratamiento de la formación filosófica específica del Adorno de los años veinte (aun cuando Claussen vuelva una vez y otra sobre los nombres de Kracauer, Horkheimer o Benjamin), ausencia –que tiene en los nombres de Kant y Hegel sus mayores perjudicados– con un paralelo significativo en el dejar pasar totalmente de largo la reflexión sobre teoría musical propia de aquel periodo. Se priva así al lector de que tome en consideración, para formarse una imagen del primer Adorno al través de sus operaciones intelectuales efectivas, la muy temprana aplicación de categorías dialécticas –que devendrán definitivamente propias de una dialéctica sin sujeto, de una dialéctica «negativa», por tanto, ya desde la escamoteada por Claussen «Actualidad de la filosofía»– al análisis de un producto artístico, la música dodecafónica, que entendió su libertad tonal como reflexión de, y superación sobre, la noción de apriorismo formal en el ejercicio compositivo.

Ese mismo déficit de tematización, en las dimensiones que habrían de serle pro-

4. Leemos en *UG* pág. 21 (en la introducción «En lugar de una obertura: *Sin descendencia*») la siguiente reflexión, muy oportuna a nuestro entender, y que conecta el sentido de la actividad que se emprende con la naturaleza, con el rasgo filosófico específico, del destinatario de aquella: «Cuando es inevitable plantearse la pregunta de [cita de Adorno] *si es posible seguir viviendo después de Auschwitz*, la cuestión de la posibilidad de trazar la historia de una vida individual, de escribir una biografía, aparece como una cuestión obsoleta. La experiencia de la pérdida de la experiencia es uno de los motivos más antiguos de la Teoría Crítica y (...) Adorno hizo de esta cuestión una de las bases filosófico-históricas (de su pensamiento)». La aparente conciencia del asunto hace tanto más injustificado el prescindir, en efecto, de la obra, como expresión, sustituta, de la reintegración de la experiencia en autonomía personal. El lector puede comprobar fácilmente hasta qué punto las ocurrencias de las obras referidas son intermitentes e inconexas en el libro que comentamos.

5. Efectos de la aludida minusvaloración, por parte de *UG*, de los núcleos del programa filosófico adorniano «Actualidad de la filosofía» –esto es, la falta de atención a la renuencia que allí se expresa a posibilitar el ejercicio diferencialmente filosófico al través de la recuperación de la posición de sujeto teórico, y su correlato, la idea de una totalidad conceptualmente aprehensible, categorizable por tanto–, son la incapacidad que el texto exhibe para valorar la crítica de Adorno a los devaneos de Benjamin con la noción de «inconsciente colectivo» (cuya sustancialización, al entender del primero, malogra los resultados iniciales obtenidos por el segundo con su noción de «imagen dialéctica» precisamente por otorgar a su programa materialista una ilegítima instancia sujeto), o la sanción, como «fallo de interpretación teórica» y «dialéctica truncada por falta de mediación», a la forma tardía de la *Obra de los Pasajes*. A este respecto, véase *Th. W. Adorno-Walter Benjamin. Correspondencia* (trad. de Jacobo Muñoz y Vicente Gómez, Trotta, Madrid, 1998), en concreto cartas 39 y 110.

6. Adorno expresó, mediante una remodelación radical de lo implicado bajo el término de dialéctica, la intención de reflexionar la escritura filosófica como *locus* donde se «adjudica a la fuerza del pensamiento lo que históricamente figuró como fallo de éste: su conexión del todo indestructible con el lenguaje» (*Dialéctica negativa*, pág. 62). Desde el momento en que esa pretensión se apunta, la escritura filosófica queda comprometida con la expresión de una subjetividad tanto más perfilada cuanto más consciente se muestre de la naturaleza necesariamente constructiva de su uso del concepto al reivindicar intenciones de verdad. Clausen, quien afirma conocer la idea, la contraviene (de modo, nos parece, no enteramente consciente) siempre que el texto se convierte en obstáculo, llegando a arrogarse funciones de censor de la misma expresión adorniana –es decir, de su pensamiento, según aquella idea. Así, por ejemplo, en relación a *Prismas Crítica de la cultura y sociedad*, UG juzga (pág. 233) «en la línea de no hacer concesión pedagógica alguna al público, transfiriendo a la teoría su (de Adorno) ideal artístico de una modernidad sin concesiones». Uno de los textos que integra dicha obra «El ataque de Veblen a la cultura», es introducido con el magro y explicativamente inane título de «artículo de difícil comprensión» (pág. 238). De los textos publicados por Adorno en *Der Monat*, Clausen se limita, por su parte, a registrar su carácter «un tanto esotéricos» (pág. 249).

pias, de la confluencia en el frankfurtiano de teórico y creador artístico<sup>6</sup> deja su impronta en otros sendos puntos débiles de UG que han de ser señalados: tanto en su completa desatención a la crítica que Adorno realizara a la fenomenología (fundamentalmente, en su *Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento*), como en los exiguos resultados de su repaso del *affaire* de aquel con Thomas Mann (alrededor del controvertido papel de asesor técnico desempeñado por Adorno en la gestación de la «novela musical» de Mann, *Doktor Faustus*). Extendámonos un tanto a este respecto. Ambas cuestiones, la del pretendido reencuentro del sujeto teórico con la estructura intencional que lo torna artífice trascendental de todas las posibilidades de experiencia eidética –por lo que hace a las intenciones de Husserl e, inicialmente, a las de sus epígonos declarados–, tanto como la del reencuentro del artista de la gran ironía con los sillares simbólicos, míticos, de Occidente –en lo relativo a la última estética del autor de *La montaña mágica*, segura de su capacidad de revertir la praxis literaria en desvelamiento antropológico– fueron entendidas por Adorno como expresiones, profundamente afines, de un mismo anhelo de originariedad. La obra de Adorno, por su parte, trató de desentrañar el problema de cómo hacer viable la crítica de tal anhelo sin rendirse a la identificación, extrínseca en lo conceptual, de sus formas, identificación que contribuye justamente a fortalecerlo. Al abstenerse Clausen de considerar estos y otros asuntos afines, sobre todo al no dispensar *alguna* semblanza de las modulaciones adoptadas por discurso de Adorno –consistentes en la siempre apabullante pluralidad de competencias disciplinares al través de las que configuró su autoconciencia filosófica– cuando combate tal anhelo de fundamento, tal pretensión de *ontología*, se oscurece lo que nos parece una cuestión clave que quisiéramos aquí mencionar: que su poten-

cia contra la ontología –proviniera del positivismo cientifista, o de las convicciones antepredicativas de Heidegger– la obtuvo Adorno precisamente de impedirse que el lenguaje filosófico se le escorara, en este empeño, en *deus ex machina* de un Ser fragmentado, recuperable de entre los saberes y prácticas con los que su época, *efectivamente*, contaba –y que no pueden ser entendidos sino como, en efecto, fragmentos, además espurios, de una totalidad por la postura que promete su mágica unificación. Construcción conceptual a partir de los elementos de las disciplinas concretas, y crítica de la ontología, que pretende anular la relevancia de la objetivación propia de aquellas, son aspectos de la misma operación, en término, respectivamente, de medios y fin. Ese legado del pensamiento de Adorno resulta, por lo que tiene de actualizable, absolutamente vigente hoy. Que éste nunca trazara un camino inmediato para quien pretende entender el vínculo entre textos como, pongamos por casos acentuadamente disímiles en sus conceptos básicos, «Intento de defender a Bach de sus admiradores» y «Reflexiones sobre la teoría de las clases» es, a nuestro entender, teoría crítica en activo. Pues si su «dialéctica negativa» pudo servir, puntualmente, de tonante rótulo editorial, fue ante todo procedimiento de trabajo afanado en conformarse, en cada caso, a los perfiles de su objeto al través de las conceptualizaciones que le dan forma y posibilitan su experiencia. Entendemos que el modo que UG tiene de uniformizar con su glosa el registro textual del biografiado no favorece la documentación de esta clase de aseveraciones contra los partidarios de un Adorno, por reducido a propalador de ciertas «consignas de la negatividad», despachable como aporético crítico de la Razón en bloque.

Justo será terminar señalando también los logros de UG que nos parecen más importantes. Sin desdeñar lo afirmado acerca de la ubicación intermitente, tanto co-



7. Una referencia a la discusión sostenida por Adorno con el racionalismo crítico de Popper y Albert acerca de la lógica de las «ciencias sociales» (en la llamada *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, por decirlo con el título de la obra que recogiera las conferencias de aquellos en el Congreso de Tübingen de 1961) nos parecería el complemento necesario a la tematización de las objeciones adornianas a los métodos de investigación empírica de la *social research* estadounidense. Que el empeño que la filosofía expresa de decir la verdad del fenómeno social interpretándolo no se deje reducir sin violencia a la lógica (falsacionista) de la investigación —necesitada de un *prius* lógico, que la dialéctica adorniana, como hemos dicho, desmascara y disuelve— de las ciencias naturales, fue el pensamiento capital que en ese contexto fue defendido contra las intenciones de Popper y Albert a tal respecto. En la medida en que fue, una vez más, «Actualidad de la filosofía» el lugar en que Adorno consignó originalmente esta diferenciación, hecha valer treinta años después contra el monismo popperiano, las omisiones de UG reciben significación filosófica.

mo de su ligazón a otras dimensiones intelectuales del biografiado,<sup>7</sup> los pasajes dedicados al contacto de Adorno con la sociología norteamericana y la naciente teoría de la comunicación —aquel modo de entender la intelección de lo social que inició un estilo de categorización listo para servir de plantilla al estudio de mercado— de Lazarsfeld, nos parecen más allanados al tránsito del enfoque que Claussen defiende. Los análisis de los *mass media* que éste realiza al hilo de la categoría «industria cultural» (*Dialéctica de la Ilustración*) son, por ello, los más informados y con mayor recorrido del texto. En segundo lugar, reseñar la libertad que este autor ha conservado respecto a los efectos deformantes de la lectura habermasiana de la herencia de su biografiado, tan ubicua durante años, y que tanto contribuyó a difundir la semblanza minimalista arriba mencionada. Se deja entender en este sentido que la obra cierre con un breve pero ilustrativo apéndice epistolar donde se recoge, entre otras cartas reveladoras, aquella de Horkheimer a Adorno en la que el primero advierte, veinte años antes de la publicación de *Teoría de la acción comunicativa*, de las intenciones ya manifiestas de su autor: «Todo eso de la “superación de la filosofía” —sentencia Horkheimer del gesto de Habermas— no es sino idealismo extremo». Indicativo de la tendencia dominante en el seno de la teoría crítica tras la muerte de sus primeros representantes, tendencia, a fin de cuentas, a cuya revisión contribuye UG, por los motivos referidos, con instrumentos de efectividad tan sólo discreta. ■

Rafael Benlliure es doctorando del Departamento de Filosofía de la Universitat de València y profesor de Secundaria (IES L'Estació, Ontinyent).

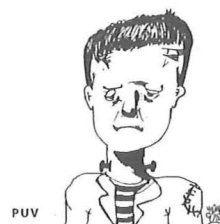
## Lo dulce y lo útil

Begoña Sáez

Decía Borges que nuestra memoria a lo largo del tiempo va formando una biblioteca personal, de preferencias, hecha de textos dispares y heterogéneos cuya lectura fue una dicha y que nos gustaría compartir. Hasta tal punto insistía en el goce del lector que llegaba a afirmar: «Que otros se jacten de los libros que les ha sido escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer». F. Savater en *La infancia recuperada*, repitiendo otra expresión del ineludible Borges, comentaba las obras de algunos de los tantos amigos que le había dado la lectura y que tuvo su continuación en *Criaturas del aire*, una suerte de archivo-narración de las historias que más le habían hecho disfrutar.

Pero el placer del lector no se puede desligar de *quién* lee y de sus motivos, de todas esas preguntas que formula R. Piglia en *El último lector*: dónde está leyendo, para qué, cómo, etc. Y entre estas dos condiciones cabe situar *Héroes alfabéticos* del profesor y especialista en historia cultural, Justo Serna. En «Queridos lectores» (13-33), el preámbulo que abre el volumen, Serna insiste en estos dos aspectos. No oculta su pasión como lector de novelas y responde abiertamente al subtítulo de su obra: «por qué hay que leer novelas», una pregunta que parece remitir a aquel episodio en el que, como él mismo relata, C. Ginzburg aconsejaba a los estudiantes de historia: «leer novelas, muchísimas novelas» y que ya utilizó en 1996 en *Literatura e historia cultural*. La razón no era otra que la de nu-

Justo Serna  
Héroes alfabéticos



Justo Serna  
Héroes alfabéticos.  
Por qué hay que leer novelas,  
PUV, 2008, 301 págs.